



Bajo  
la lluvia  
de Harper  
Springs

MARÍA VIQUEIRA

Bajo  
la lluvia  
de Harper  
Springs

MARÍA  
VIQUEIRA

EDICIONES KIWI, 2025  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



**Ediciones Kiwi**

Primera edición, febrero 2025  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-10479-90-6  
Depósito Legal: CS 908-2024

© del texto, María Viqueira  
© de la cubierta, Borja Puig  
Corrección, María Coma

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
[www.grupoedicioneskiwi.com](http://www.grupoedicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

The page is framed by a decorative border of various maple leaves in shades of grey and black, scattered around the edges. The word "Prólogo" is written in a large, elegant, black cursive font in the center of the page.

# Prólogo

Siempre había pensado que el amor de verdad era algo sencillo, un camino recto que fluía en una única dirección. Tan solo tenía que circular por ahí, al lado de mi pareja y sin soltarle la mano.

Por supuesto, había otros tipos de amor; unos más pasajeros, más alocados, más intensos, más posesivos, más espontáneos... pero menos reales.

Nick y yo éramos del primer tipo. Estaba convencida de que sería para siempre, de que él era mi destino en la vida.

Y entonces todo cambió. Fue una pregunta la que inició un nuevo camino y, a partir de ahí, el universo pareció alinearse. Como si todo lo anterior solo me hubiese estado conduciendo a ese punto exacto: el momento en el que apareció él.

La pregunta fue corta: «¿Te parece?».

La historia, en cambio, es un poco más larga.



# Capítulo 1

## HAILEY

No me debería haber tomado ese tercer café.

Los nervios burbujan en mis tripas y empiezo a confundirlos con otra cosa. Vuelvo a mirar el reloj del móvil: las ocho menos cinco. No falta mucho para que embarque mi avión, pero estoy apurando el tiempo antes de tener que decir adiós.

El aeropuerto Will Rogers World de Oklahoma está abarrotado de gente. No me fijo en nadie, solo en Nick, mi novio, que me acompaña, arrastrando mi enorme maleta morada. El control de seguridad es la señal para separarnos.

Me giro hacia él, con el gesto compungido.

—Ha llegado el momento —le digo, de forma casi dramática.

Nick está inquieto. Juega con sus manos y evita mirarme. Pensaría que se debe a que vamos a pasar casi cuatro meses distanciados, si no fuese porque llevamos juntos tres años y lo conozco casi mejor que a mí misma.

—¿Qué te preocupa? —pregunto sin rodeos.

Levanta la cabeza de golpe y me mira, con esos ojos azules y avispados que consiguieron que me enamorara de él.

—Yo... —titubea, aunque no deja de observarme—, he estado pensando.

Noto una bola de plomo en el estómago, como si alguien la hubiese arrojado ahí con todas sus fuerzas. Soy una lectora empedernida. He visto muchas veces esa frase y ninguna ha terminado bien.

Solo que somos Nick y Hailey. Él es el amor de mi vida. Eso no va a pasarnos a nosotros.

—Has estado pensando... —repito, invitándolo a continuar.

—Vas a pasar cuatro meses en ese pueblo perdido...

—Harper Springs —espeto con un poco de fastidio. Se lo he repetido doscientas veces, pero no se ha molestado en aprenderse el nombre.

—Eso es lo de menos. —Le resta importancia—. El caso es que vas a pasar cuatro meses ahí, escribiendo tu novela, y quizá se haga demasiado largo y...

—Nick —lo interrumpo, perdiendo la paciencia—. ¿Vas a dejarme?

—¿Qué? ¡No, claro que no! Sabes que te quiero, peque. Y sé que necesitas esto, que la historia se te está atravesando y te vendrá bien la inspiración. Lo que pasa es que es demasiado tiempo sin sexo. Llevo semanas dándole vueltas al tema y he encontrado la solución perfecta. Lo he estado hablando con Josh y Miranda y me han abierto un abanico nuevo de posibilidades.

No sé qué habrá hablado con ellos, pero Miranda

también es mi amiga y confío en ella. No creo que le haya recomendado nada que pueda hacerme daño.

—¿Qué posibilidades?

—Deberíamos abrir la relación —suelta por fin—. Solo mientras estés fuera.

—¿Abrir la relación? —pregunto sin entender—. ¿A qué te refieres?

—Pues eso, peque. En estos cuatro meses puedes acostarte con quien quieras.

—Yo no quiero acostarme con nadie.

—Eso dices ahora, pero no lo puedes saber. No te culpo si te apetece darle un meneo al cuerpo y se lo das.

—Me voy cuatro meses, Nick. Lo estás pintando como si fuese para toda la eternidad.

—No, hago lo que considero más sano para los dos. Tú y yo vamos a estar juntos pase lo que pase. También te servirá para probar cosas nuevas. Llevamos juntos tres años. ¿Nunca te ha apetecido estar con alguien más? Eso no es incompatible con que nos queramos. No tienes que contarme nada, no sé si querría saberlo.

—¡Pasajeros del vuelo con destino a Salt Lake City, última llamada para el embarque! —La voz de la megafonía empuja hacia abajo la bola de plomo y me recarga de una nueva energía, una turbia y poco clara.

—Tienes que irte para no perder el avión —dice Nick con tranquilidad, como si no acabase de decirme que quiere acostarse con otras mujeres. Se acerca para darme un

ligero beso en los labios. Estoy bloqueada, así que no lo respondo—. Entonces, abrimos la relación. ¿Te parece?

No sé qué decir.

Quiero seguir con él. Llevamos tanto juntos, que ni siquiera me reconocería de no estar a su lado. Además, estoy convencida de que ninguno de los dos necesita tener sexo con otras personas, que solo es una propuesta «por si acaso».

Asiento, incapaz de articular palabra.

Y con esa despedida me subo en el avión, sin ser consciente de lo mucho que esta conversación va a cambiar mi vida.



# Capítulo 2

## HAILEY

El vuelo dura solo dos horas y media, pero se me han hecho eternas. He pasado cada minuto pensando en las palabras de Nick y, cuanto más he incidido en ellas, más me he cabreado.

Nick lleva semanas dándole vueltas al tema y ha esperado a que estuviese a punto de embarcar para soltarlo. ¿Por qué demonios no ha podido consultármelo antes? Podríamos haber tenido una conversación más decente. Al menos, yo habría tenido tiempo y espacio para asimilarlo. Lo ha hablado incluso con Josh y Miranda. No entiendo por qué conmigo no. Mi amiga tampoco me ha dicho nada y eso me duele.

No estoy en contra de las relaciones abiertas, pero no sé si soy la persona apropiada para tener una. A mis veintidós años he tenido dos parejas. Con Elijah estuve poco más de un año, desde los quince hasta los diecisiete. Con Nick empecé al cumplir diecinueve. Han sido mis únicas experiencias sexuales. Nunca he sido el tipo de chica que sale una noche de fiesta y se acuesta con un desconocido. Eso va más con mi amiga Jenna.

Nada más bajar del avión y recuperar la cobertura, escribo un mensaje a Nick:

No entiendo por qué quieres abrir la relación ni tampoco por qué has esperado hasta el último momento para decírmelo, pero si es lo que deseas, ok.

Eso sí, te advierto algo: no sé cómo terminará. Estas cosas suelen tener consecuencias.

Por cierto, ya he aterrizado.

Nick responde enseguida:

No te preocupes, peque. Muchas personas abren la relación y sale bien. Nosotros nos queremos, confía en eso.

Avísame luego cuando te instales en Harper Collins.

Te quiero.

—¡Harper Springs! —grito a la pantalla del móvil.

Abro las conversaciones de Jenna y mi hermano Luke para avisarlos también y bloqueo el teléfono, sin ganas de hablar con nadie más.

Tardo casi dos horas más en recoger mi maleta, buscar un Uber y llegar a mi destino. Sin embargo, toda sensación negativa desaparece en cuanto veo el lugar.

Harper Springs es un pueblo pequeño, de apenas unos

quinientos habitantes. Está situado cerca de Salt Lake City, en el estado de Utah. La única carretera de acceso serpentea entre las montañas, enmarcada por multitud de árboles. La vista es increíble a medida que avanzamos y se va apreciando, al fondo, la inmensa cordillera.

En el mes de septiembre, los tonos marrones y naranjas empiezan a asomar y le otorgan un aura mágica al paisaje. Otoño es mi estación favorita y, aunque todavía quedan unas semanas para que empiece, sé que va a ser el entorno perfecto para lo que necesito.

Durante el trayecto, me fijo en todos los detalles que puedo atesorar. No hay edificios, sino que predominan las construcciones bajas de madera, ladrillos rojizos y piedras de colores claros. Pasamos por un supermercado, una iglesia, el ayuntamiento, un par de bares. La vegetación está presente en cada rincón, y eso es lo que más me llama la atención. Hay multitud de flores en tonos claros y algún que otro puesto de mercado en la calle principal.

No ha sido casualidad venir a Harper Springs. Oklahoma es una gran ciudad, marcada históricamente por la tradición petrolera y vaquera y, aunque soy feliz allí, no es lo que necesito en este momento de mi vida.

Me está costando mucho escribir el cierre de mi trilogía de fantasía, por eso me planteé el retiro. Mi hermano me sugirió este sitio en cuanto hablé con él. Luke lo conoce porque su mejor amigo vive aquí y ha venido varias veces de visita. Imagino que ya le habrá pedido que me vigile. Adoro

a mi hermano mayor, pero a veces es demasiado sobreprotector.

Dejamos atrás el pueblo y nos internamos por el bosque. Abro la ventana del coche para asomar la cabeza y percibir mejor todo lo que me rodea. Escucho el murmullo de un río circular en la cercanía, el cantar de los pájaros, el aroma a lluvia y a hierba fresca.

La primera cabaña de madera aparece cuando el Uber gira a la izquierda. Después otra, y otra más. Son pequeñas, distanciadas las unas de las otras y rodeadas de árboles, lo que les otorga intimidad.

—¿Me repite la dirección exacta? —pregunta el conductor. Se trata de un hombre mayor, quizá ronde los sesenta.

—No tiene número —digo al percatarme—. Aquí indica Harper Springs, Residencial Woods, cabaña del lago.

—No necesita número, solo hay una con esas características. ¿Conoce al dueño?

—Es amigo de mi hermano. ¿Por qué pregunta?

—Curiosidad —responde, pero me da la sensación de que hay algo más—. Mire, ahí está la casa. Es mi favorita.

Dirijo la cabeza hacia donde señala y con una pequeña ojeada ya coincido con su opinión. La cabaña es más grande que las anteriores y está rodeada de árboles anaranjados y de abetos altos que se pierden en el cielo. Es de madera oscura y tiene amplios ventanales para disfrutar de las vistas.

En la parte delantera hay un lago de aguas verdosas. No

parecen sucias, solo reflejan el color de la naturaleza que las rodea. También identifiqué un porche de madera con un embarcadero y una escalera para bajar al lago; un par de butacas y un brasero en el centro. Encuentro algo hipnótico en el ambiente, algo que hace que la casa se asemeje más a una postal que a la realidad. Tiene un aura de cuento perfecta para lo que busco y, enseguida, me doy cuenta de que, cuantas más cosas descubro, más me atrapa y me ilusiona este lugar.

Hace mucho que me siento atascada, que intento enfrentarme a la página en blanco sin éxito. La presión, las expectativas, el qué dirán... todo me frustra y me bloquea. Por eso he querido alejarme de mi vida cotidiana y aislarme, para dejar que la inspiración fluya, impedir que los elementos exteriores me roben tiempo. Aquí, en esta pequeña cabaña, solo vamos a estar mi ordenador y yo.

Esa era la idea, al menos.

Ahora vamos a estar mi ordenador, yo y la incertidumbre de qué estará haciendo Nick en Oklahoma.

—Fin del trayecto —anuncia el conductor al detener el coche.

—Muchas gracias.

—Si quiere puedo dejarle mi número. En Harper Springs no existe Uber ni ningún servicio similar —explica—. Si yo no estoy disponible, conseguiré a alguien que sí.

—Sí, no estaría mal —respondo y lo apunto en mi teléfono mientras me lo dicta—. Muy amable...

—Mason —termina por mí.

—Gracias, Mason. Yo soy Hailey.

—Espero que disfrute su estancia en Harper Springs.

Estos pueblos pequeños tienen su encanto.

Me ayuda a bajar la maleta y me despido de él tras dejarle una propina.

Me detengo delante de las escaleras para subir a la cabaña, como si quisiese terminar de asimilar que estoy aquí.

Me hago un par de *selfies* con el lago de fondo y después al revés, para que salga el lugar en el que voy a vivir durante los próximos cuatro meses. Se las envío a mi hermano, para que vea que he llegado, y también a Jenna. A ella, además, le envío otra foto. Levanto el brazo de forma que se vea el interior de mi muñeca, con el embarcadero de fondo. Justo en ese trozo de piel tengo tatuado un diente de león, a juego con mi amiga. Nos lo hicimos al cumplir los dieciocho años, y se ha convertido en un gesto de unión entre nosotras. Una promesa de que, pase lo que pase, seguiremos pidiendo deseos y luchando para que se cumplan.

Dudo un instante, pero termino por avisar también a Nick. Soy escueta porque quiero que note mi enfado.

Su respuesta no tarda en llegar.

Parece un lugar increíble, espero que te inspire. Vas a disfrutar mucho en Harper Neyer. No estés de morros, sabes que no puedes cabrearte conmigo. Somos Nick y Hailey. Te quiero.

Bloqueo el teléfono sin responder, cojo la maleta y me acerco a la puerta.

No funciona con código de acceso, ni mediante un intermediario que me dé la llave, ya que aquí todo está abierto. Yo no haría jamás algo así con el acceso a mi casa (además, Jenna me mataría si se enterase de que he dejado la puerta de nuestro apartamento sin cerrar), pero, según Luke, Harper Springs es un pueblo tranquilo con un índice nulo de criminalidad.

El interior tiene la misma esencia que el exterior. Hay un zaguán con un armario, un banco y un mueble para dejar las llaves. Se ve que sí existen, aunque no las usen a menudo. El salón es más amplio, con un gran sofá esquinero, una televisión y una chimenea perfecta para los meses de invierno. Lo que más me llama la atención es la estantería. Hecha a medida, ocupa una pared entera y tiene todo tipo de libros. Echo un rápido vistazo. Conozco a muchos de los autores. Sarah J. Maas, Leigh Bardugo, Stephanie Garber, Brandon Sanderson, Robert Jordan, Rebecca Ross, Neal Shusterman, V. E. Schwab... Es una colección increíble. La dejo de lado de momento para seguir investigando la casa.

La cocina está separada del salón por una isla. Los muebles son clásicos; de distintos tonos y sin relación aparente. Me gusta. Me parece una casa personal, como si cada elemento pudiese contar una historia. Además, tiene un rincón del café con tazas coloridas a las que pienso darles mucho uso.

Sigo mi exploración y descubro un baño completo y, al lado, mi dormitorio. Lo sé porque en la puerta hay un pequeño cartel que reza: «Bienvenida, Hailey». Tiene una cama pequeña, un armario y un escritorio junto a la ventana. Me acerco al cristal y observo a través. El corazón me palpita con fuerza cuando soy consciente de que este va a ser mi lugar de escritura, con vistas hacia el bosque, en lugar de hacia los edificios frente a mi casa de Oklahoma.

Los latidos se me disparan cuando escucho un golpe fuera de la habitación, pero dentro de la casa. Me río yo del índice cero de criminalidad de este pueblo. Así empiezan siempre las películas de terror: con una pobre ilusa mudándose a una cabaña apartada de la civilización. Busco algo que sirva como arma, pero solo encuentro unas tijeras de manualidades.

—Será un gato —me digo para tranquilizarme—. O un oso. Harper Springs parece más de osos que de gatos.

Me planteo qué hacer durante un instante. ¿Escapo por la ventana y echo a correr? ¿Asumo que no es un maníaco asesino y exploro la casa? ¿Existe la posibilidad de que sea algo sobrenatural? Tenía que haber estudiado la historia del pueblo antes de venir. Quizá desapareció una joven en esta misma cabaña y ahora busca venganza.

Los nervios me llevan a pensar locuras. Al final, decido priorizar la razón y salgo del dormitorio. El corazón me da un nuevo vuelco cuando escucho otro ruido; ahora uno metálico que proviene de la entrada. Me dirijo hacia allí con

las tijeras en la mano y doy un brinco al descubrir lo que hay.

Un hombre de espaldas.

No parece un asesino y, si es un ladrón, ha decidido empezar por dejar algo sobre el mueble del recibidor.

Un momento, da igual si está de espaldas, reconozco a este hombre.

Los latidos se me disparan y noto cómo me ruborizo. Uno de los recuerdos más bochornosos de mi vida me golpea de lleno y yo lo alejo todo lo que puedo. He luchado mucho por olvidarme de él.

—Hola, microbio —me saluda con una sonrisa divertida. Después se fija más en mí y se ríe, como si mi expresión (miedo inicial y una profunda vergüenza a continuación) fuese algo cómico—. Déjame adivinar: Luke no te ha dicho que estaría aquí, ¿no?



# Capítulo 3

## HAILEY

«Microbio» es el apodo con el que empezó a referirse a mí cuando era niña, porque decía que era diminuta. A decir verdad, un poco lo sigo siendo; sobre todo, si tenemos en cuenta que él debe de estar más cerca del metro noventa. Yo mido un metro sesenta y uno, la altura exacta para que no se me pueda considerar una *minion*.

Escuchar ese mote ahora que ya soy una mujer adulta que quiere olvidar esa etapa resulta aún más embarazoso.

No me defiendo. He perdido la capacidad del habla, pero solo porque mi cerebro está tratando de procesar demasiadas cosas a la vez.

—Te acuerdas de mí, ¿no? Soy Cole, Cole Matthew Jenkins, el mejor amigo de Luke. Hace mucho que no nos vemos, pero no he cambiado tanto. —Se rasca la cabeza, como si de verdad estuviese valorando esa opción.

Cole Matthew Jenkins, como se ha presentado, fue mi primer *crush*. ¿Lo peor? Que él lo sabe. Fui una adolescente apasionada y creativa que no dudó en declarar sus sentimientos. ¿El problema? Yo tenía doce años; él, dieciocho.

Teníamos ideas muy diferentes de lo que era el amor por aquel entonces.

Vuelvo a desterrar ese recuerdo y pongo mi mejor cara de póker. Para mí fue un momento horrible, pero para él debió de ser una anécdota más que ha olvidado. O, al menos, de eso trato de convencerme.

—Sí, creo que me acuerdo —respondo, fingiendo hacer memoria—. Perdona, es que no sabía que estarías aquí.

—Vivo aquí.

Cole se quita la chaqueta y la deja en el perchero. Aprovecho para fijarme mejor en él, ahora que ya he descartado la idea de que sea un asesino. Sinceramente, ojalá lo hubiese sido. Prefiero morir a soportar la vergüenza de revivir en mi mente mi primera confesión romántica.

Reconozco esa cara: esos ojos marrones que reflejan regocijo, ese pelo moreno y despeinado, la barba de tres días; incluso esa sonrisa pícara que no parece esconder buenas intenciones. Ha cambiado en este tiempo, pero Luke tiene cientos de fotos más actuales de su amigo en Instagram, donde he seguido su evolución.

Está más guapo todavía, más hombre y menos niño.

—¿Pensabas atacarme con esas tijeras? —pregunta, mirándolas, sin perder ese deje de diversión—. Apruebo la iniciativa, aunque creo que hay opciones mejores, sobre todo, porque tienen la punta redonda. Personalmente, siempre he preferido un arma contundente. Me siento más

preparado para aporrear que para acuchillar. No juzgo, solo opino.

Dejo las tijeras e ignoro su comentario. Hay algo que me parece más apremiante.

—¿Has dicho que vives aquí? —cuestiono sin poder esconder la sorpresa.

Hace un par de meses que hablé con Luke sobre mi bloqueo con la escritura. Él me sugirió venir a Harper Springs, consciente de lo mucho que me ayuda la tranquilidad para concentrarme. Sé que soy una afortunada, porque conozco a muchas escritoras que no tienen tal privilegio. Yo vivo de mis libros, así que no tengo que compaginar la escritura con un segundo trabajo que me robe tiempo y energía.

Una de las condiciones indispensables era la soledad para evitar distracciones.

—Hasta donde yo sé, sí. Por tu cara, asumo que tu hermano no te contó nada.

—No, lo cierto es que no. No te ofendas, pero creía que tendría la casa para mí sola.

—No me ofendo. Parece un error de comunicación. Luke me dijo que su hermana pequeña iba a venir, que me asegurara de procurarle la mejor cabaña. Esta es la mejor cabaña: es más grande, más bonita y se encuentra pegada al lago.

—Me he dado cuenta —respondo de manera escueta.

Conozco a Luke y sé por qué lo ha hecho. Quiere que Cole me vigile y me proteja, incluso en un pueblo dimi-

nuto con índice de criminalidad nulo. Añado a mi hermano a la lista mental de personas con las que enfadarme, justo por debajo de Nick.

—No te preocupes por mí, no suelo molestar demasiado. Quizá los primeros días, pero terminarás por acostumbrarte.

—No es que me molestes —intento sonar amable, pues soy consciente de lo mal que estoy quedando. Cole no solo me ha cedido de forma gratuita esta casa, sino que es *su* casa. Si alguien tiene derecho a tener reparos es él, no yo—. Me ha sorprendido. Suelo necesitar silencio para escribir, por eso di por hecho que estaría sola.

—Silencio es mi palabra favorita. O la segunda. Quizá la tercera —admite, pensativo. Lo peor es que me da la sensación de que lo dice en serio—. De verdad, terminará por gustarte mi presencia. Tengo ese don.

—Gracias por dejar que me quede —digo al final. No sé si eso es suficiente para remendar mi rabieta inicial, pero necesito esconderme un rato, solo hasta que el pasado vuelva a su lugar.

Cole sonrío. Noto que él no le ha dado importancia y yo intento hacer lo mismo.

—¿Quieres que te enseñe la casa? No hay mucho que ver, pero te contaré lo importante.

—Claro —respondo, pese a que ya he hecho una primera exploración.

Al lado del recibidor hay una puerta de madera que antes he pasado por alto. Cole no la abre.

—Este es mi dormitorio —me explica—. No lo tomes como algo personal, pero es un lugar privado. Demasiado íntimo.

—Lo entiendo, tranquilo —afirmo.

La habitación de una persona puede decir mucho sobre ella. Comprendo que no me muestre la suya, yo tampoco enseñaría la mía a cualquiera.

—El salón es amplio, como ves. La cocina es un poco más pequeña, pero está equipada con todo lo necesario. Luke me ha dicho algunas comidas que te gustan y he salido a por ingredientes, pero te enseñaré dónde queda el supermercado para que puedas ir por ti misma. Hay cosas que te recomiendo comprar en el mercado; sobre todo, los productos frescos.

Asiento, conforme.

—Muchas gracias.

Ya he visto la casa al entrar, cuando pensaba que no tendría compañía. Ahora me fijo con más detalle. Por supuesto, lo que más me llama la atención es, otra vez, la enorme estantería. De color verde botella, llega hasta el techo, y tendrá más de cuatrocientos ejemplares. Me doy cuenta de que está ordenada por autores, por temática y por editoriales.

—Sabía que este sería tu lugar favorito —comenta Cole a mi lado. Estoy tan absorta mirando los títulos, que no me he dado cuenta de que se ha acercado—. ¿Cómo los ordenas tú?

—Utilizo el mismo sistema —confieso con una sonrisa—. Aunque en mi salón tenemos dos baldas con los libros puestos por colores y tonalidades. Jenna dice que le gusta más, que le da paz ver esa armonía.

—Odio a la gente que los ordena por colores —afirma con una rabia fingida—. ¿Cómo vas a tener las sagas separadas? Eso es como separar hermanos.

Me río ante su dramatismo y sigo fijándome en sus libros. Predomina la fantasía, pero tiene algunos grandes clásicos de la literatura, varios *thrillers* conocidos y novelas históricas. Abro los ojos cuando descubro otra sección. Cojo un tomo de Nicholas Sparks y me giro hacia él.

—¿Lees romántica? —pregunto, sin poder ocultar mi asombro.

—Sí, a veces. ¿Por?

—Me ha sorprendido. Hay tanta gente que da por hecho que es literatura para mujeres...

—Los libros románticos profundizan en los sentimientos. Creo que las personas que piensan así carecen de la habilidad para gestionar los propios, no digamos ya congeñar con los ajenos.

—Voy a imprimirme eso en una camiseta —comento y me río—, aunque necesitaré una versión más corta.

Dejo el libro en la estantería y reanudamos el *tour* por la casa.

—Tu dormitorio ya lo has visto antes, supongo —explica. Mi maleta junto al armario me delata—. Puedes

decorarlo como quieras, es todo tuyo mientras estés aquí. Yo tengo mi baño propio, así que este es para ti. Bueno, también para la gente que viene de visita, claro. Lo siento, no tengo más.

—No pasa nada, no necesito uno propio. En casa tampoco lo tengo.

—Te recomiendo que dediques un tiempo a explorar el exterior mientras aún quede luz. El agua del lago está fría, pero todavía te puedes bañar. En noviembre es probable que empiece a helarse y para Navidad se congelará. El bosque tiene un sendero. Termina en el pueblo, aunque da un rodeo grande. El camino es de casi dos horas si lo haces andando. Tengo una bici que puedes usar: era de mi hermana Camille, pero ella ya no la coge. La he puesto a punto para ti.

—Gracias, suena perfecto.

—Bueno, no te entretengo más. Dejo que te instales. Si necesitas ayuda, simplemente búscame.

Cole se va y me quedo sola.

El *tour* no solo ha servido para enseñarme lo importante, sino que también me ha ayudado a relajarme. Ha pasado mucho desde que me enamoré de él (o lo que yo creía que era amor) y él parece haberlo olvidado, así que yo también.

Me dejo caer sobre la cama, exhausta después del viaje, pero feliz.

Acabo de llegar a Harper Springs y ya estoy segura de que voy a adorar este lugar.



# Capítulo 4

## HAILEY

Estoy en medio del salón, sentada en la mesa de despacho que hay junto a la estantería. El escritorio de mi habitación tiene vistas al bosque, pero desde aquí puedo contemplar mejor el lago. Los colores que componen el paisaje me resultan más inspiradores. O lo harían, si la inspiración fuese suficiente.

Llevo casi veinte minutos delante del ordenador. La música de Taylor Swift suena de fondo, como parte importante de la lista de reproducción que he creado para la novela. Una página en blanco me devuelve la mirada y, por mucho que desee que se rellene sola, me temo que eso no va a pasar.

Ese es mi problema. No el hecho de que el libro se escriba solo, pues escribir es algo que me apasiona, sino que no sé cómo terminar con este bloqueo que tengo desde hace meses. Si minimizo Google Drive, la herramienta que utilizo (porque me gusta que la novela esté disponible para poder trabajar en ella desde cualquier lugar), tengo abiertos dos documentos muy diferentes. Selecciono uno de ellos y lo leo mentalmente:

La nueva reina del *romantasy* tiene nombre propio: Hailey Bedford. Descubre la sensación de TikTok que lo está petando: *La última canción oscura*. El mundo no vivía un fenómeno fan tan grande desde que la saga ACOTAR revolucionó la literatura juvenil.

El otro, en cambio, contiene una información muy diferente:

No entiendo el revuelo alrededor de estos libros cuando, literalmente, son bazofia. Imagino que todas las lectoras serán niñas de Wattpad que no han leído un libro de verdad en su vida. Personajes sin coherencia, narración mediocre y trama inexistente. Pero bueno, nada nuevo. Lo que se consigue cuando las editoriales apuestan por los seguidores en vez de por la calidad. Hailey podría hacernos un favor a todos y dedicarse a otra cosa. Como a morirse.

Tengo esa reseña de Goodreads guardada, no sé muy bien por qué. La primera vez que la leí estuve llorando durante varios días. Todo mi entorno me dijo que la igno-

rara. Mi editora, Adrienne, incluso me aseguró que esos comentarios son habituales cuando las historias se hacen tan famosas, pero vienen más movidos por la envidia y el odio que por la novela en sí.

Ya no me afecta como antes, pero sigo recordándola de vez en cuando para no olvidarme de que la popularidad tiene un precio, aun si ese precio a veces es que la gente se crea con derecho a poder insultar tu trabajo sin ningún tipo de escrúpulo. O de desearte la muerte.

Cualquiera de esos dos documentos ayuda al bloqueo que atravieso. Tanto las críticas como las expectativas me generan la misma presión.

Doy un sorbo a mi tercer café mientras sigo mirando la pantalla, con las piernas encogidas encima de la silla. Dicen que la absenta era la bebida de los escritores en la antigüedad. Hoy en día, las escritoras sobrevivimos gracias a la cafeína.

—¿Qué tal? ¿Fluye?

Me giro, sobresaltada, y veo a Cole. Tiene el pelo húmedo y solo lleva puesto un bañador. La vista me traiciona un segundo al recorrer su torso desnudo, con decenas de gotas de agua resbalando por su piel. En mi defensa, cualquier persona con ojos en la cara hubiese contemplado esos músculos definidos y...

No. No puedo seguir mirando.

Yo llevo un pantalón viejo y holgado de cuadros, una camiseta ajustada y un moño mal hecho. Supongo que no

es mi mejor *outfit*, pero es lo más cómodo y mi uniforme de trabajo.

—¿Has estado nadando? —pregunto, en cambio.

—Sí, me ayuda a despejarme. Podrías probarlo un día, quizá te sirva.

Miro hacia el aparador, donde hay un par de termómetros. Cole cuenta con dos sensores de temperatura; uno dentro de la casa y otro en el exterior. El de fuera marca 12°C.

—¿No está el agua congelada por la mañana?

—Hago terapia de frío. ¿Has oído hablar de Win Hof? No pasa nada —responde al ver mi cara de confusión—. Intento acostumbrar a mi cuerpo a pasar frío de manera gradual. Se supone que aporta un millón de beneficios, como reducir el estrés, fortalecer el sistema inmunitario o mejorar la calidad del sueño. Por ahora no lo llevo del todo bien —bromea—, pero cumple una función. Salgo del agua totalmente espabilado. ¿Y bien? No me has respondido. ¿Fluye la escritura?

—No —respondo de forma escueta.

—¿No estás inspirada?

—No.

—Seguro que termina por salir —me anima—. Esa cabecita tuya siempre lo consigue.

—Ojalá pudiese creerlo.

—Tu hermano presume mucho de ti. Dice que siempre estás escribiendo algo o tomando notas en alguna libreta o

mirando imágenes en Pinterest que te sirven de inspiración. Luke sabe que eres capaz de todo, y yo también. Terminar siempre es más difícil que empezar, pero sé que lo conseguirás.

No tengo tiempo para responder, pues recibe una llamada y se aleja un poco para hablar. Intento escribir algo, lo que sea, pero termino aporreando el teclado con frustración.

Cole me encuentra así al regresar, se ríe y se acerca de nuevo.

—Era Camille, mi hermana —me informa—. Ha tenido un problema. Voy a acercarme a echarle una mano. ¿Quieres acompañarme? Sé que estás trabajando, pero lo mismo te viene bien una distracción. Así la conoces, es más o menos de tu edad.

—¡Sí! —exclamo y parezco casi desesperada.

No me importa. Estoy cansada de enfrentarme a esta página en blanco día tras día. Cole me ofrece una alternativa mejor, aunque a mi editora seguramente no le hará ninguna gracia.

—Tienes cinco minutos para prepararte. Si tardamos más, Cami nos matará a los dos.

Se pierde hacia su dormitorio para vestirse y yo hago lo mismo. Me pongo unos vaqueros elásticos, una sudadera y unas botas cómodas porque doy por hecho que vamos a realizar algún tipo de trabajo físico.

Cole me está esperando en su camioneta; una RAM de

color azul que es el doble de grande que mi coche, que se ha quedado en Oklahoma.

—Vamos al pueblo.

Recorremos el camino que hice ayer en el Uber, pasando cerca del lago y luego por dentro del bosque, en el que se esconden multitud de cabañas de madera. Aprovecho para mirar el móvil. Tengo varios mensajes. Compruebo primero los de Nick. Sabe que sigo enfadada con él, así que se dedica a repetirme varias veces que me quiere y a pedirme que no esté así. Sin embargo, en ninguno de ellos ofrece la posibilidad de volver a cerrar la relación. Yo tampoco se lo digo, así que imagino que no puedo culparlo de todo.

El chat con mi amiga Jenna me anima más, aunque solo sea por la cantidad de tonterías que es capaz de inventar. Respondo de forma rápida y guardo el teléfono para disfrutar de las vistas.

Cole enciende la radio y conecta su móvil para poner música. Suena *Beautiful Things*, de Benson Boone, y él comienza a tararear la canción por lo bajo.

—Es un pueblo pequeño, pero tiene su encanto —dice de pronto.

—¿Tú eres de aquí?

—Sí. Viví aquí hasta los dieciocho, después me fui a la universidad.

—En Filadelfia —afirmo, pues mi hermano me ha contado la historia. Además, recuerdo bien esa época en la que veía a Cole más a menudo.

—Correcto. Ahí conocí a Luke y nos hicimos amigos.

—Mi hermano habla mucho de ti. Te aprecia mucho.

—Es mutuo. Quizá no nos conozcamos desde siempre, pero si tuviera que dejar mi vida en manos de alguien sería en las de Luke.

Sonríó al escucharlo. Yo también dejaría mi vida en sus manos, incluso si a veces se excede siendo tan protector. Puedo entender por qué es así, aunque no deje de ser un fastidio.

—Sí. Suele tener ese efecto —respondo—. ¿Por qué regresaste? Después de vivir en grandes ciudades, esto se queda...

—¿Pequeño? —termina por mí. Me mira un instante, con el ceño fruncido y pensativo—. Puede ser, pero pequeño no tiene por qué ser malo. Aquí están mi madre, mi hermana, mis amigos de la infancia... No sé si será definitivo o solo algo pasajero. Después de haber vivido todo, esta paz es justo lo que necesito. Necesito paz —repite y veo cómo sus manos se aferran con más fuerza al volante. Noto que no quiere hablar del tema, así que no insisto—. ¿No es también lo que estás buscando tú?

—Sí, creo que sí.

Solo llevo aquí un día y ya sé que esa cabaña perdida en medio de un bosque de ensueño cuenta con todos los elementos para ayudarme a volver a escribir. Al menos, quiero aferrarme a ese pequeño rayo de esperanza.

Bajo la ventana del coche y saco la cabeza para poder

contemplar mejor el paisaje, para poder respirarlo mejor. Me encanta este aroma. A hierba húmeda, a hojarasca, a pino.

El pueblo aparece al fondo, con sus construcciones bajas de ladrillos rojizos, piedra blanca y madera. Cole callejea un poco y se detiene delante de una casa enorme y ruinoso. Pese a su estado, me gusta. Rodeada de vegetación, un pequeño arroyo cruza por delante, atravesado por un puente de piedra.

—Qué pasada de sitio —comento sin poder evitarlo.

—Eso mismo dijo Camille. Por eso está tan empeñada en reformarlo.

—¿Lo está haciendo ella?

—Yo la ayudo un poco, pero todo el mérito es suyo.

Bajamos del coche a la vez y él se dirige hacia la casa de madera. Tiene parte del techo caído y un agujero en una pared que parece una ventana rota. Ahora sigue dando luz, pero dudo que quieran ese efecto.

Una chica aparece corriendo. Es más bajita que yo. Viste un chándal y una coleta morena despeinada. Apenas me fijo en ella porque lo que más llama la atención es que va completamente empapada.

—¡Cole! ¡Menos mal que has venido!

—¿Qué ha pasado?

—Estaba tirando abajo una pared y sin querer le he dado a una tubería. ¡No para de salir agua por todas partes!

La hermana corre hasta el interior y Cole la sigue. Hago

lo mismo, sin saber cómo actuar, aunque no puedo evitar sentirme una intrusa.

La vivienda está medio derruida. En algunas zonas carece de paredes interiores. Cole se limita a seguir el enorme charco de agua hasta que da con el problema: una tubería oxidada con un agujero a un metro de altura.

De pronto se oye el llanto de un niño pequeño y la hermana se detiene en seco.

—Mierda —gruñe—. ¡Caden, ya voy!

Echa a correr hacia otro lado y Cole y yo nos quedamos ante el peligro.

Él trata de taponar la fuga con las manos, pero solo consigue que el agua salga con más presión y en todas las direcciones. Antes de poder apartarme, me da de lleno en el pecho. Le lleva unos segundos conseguir que cese.

—Busca la llave de paso —me ordena.

Miro hacia el suelo, pero no hay ninguna herramienta a simple vista.

—¿La qué? —pregunto, pues no tengo ni idea de qué me habla.

—Tapa el agujero de la tubería; yo me encargo —me dice.

Hago lo que me pide sin pensarlo demasiado. Descubro que no es tan sencillo. Mis manos son más pequeñas y el agua sale disparada, generando el efecto de un aspersor. Suelto un grito cuando, unos centímetros más arriba, otro agujero surge solo y un chorro impacta contra mi cara.

De repente, el agua deja de salir con fuerza, hasta desaparecer del todo. Cole vuelve en ese instante y me observa, mojada de pies a cabeza, con el pelo en las mejillas y todavía gritando.

Para mi sorpresa, una carcajada se le escapa de la garganta; yo lo imito porque toda la situación me parece surrealista.

—Bienvenida a Villa Ruina, microbio.